

EL 68: DERROTA PÍRRICA

Pirro, rey de Epiro en Grecia, invadió Italia en 280 antes de Cristo y derrotó a los romanos en Heraclea. Pero sus pérdidas fueron tan grandes que tras ganar la batalla exclamó: «Una victoria más como ésta y estoy perdido». De allí el término «victoria pírrica», que empleamos para denotar un triunfo tan costoso que en verdad constituye una derrota.

He pensado en el antiguo rey Pirro estos días para preguntarme si las derrotas aparentes de los movimientos estudiantiles en 1968 y, ese mismo año, del «socialismo con rostro humano» en Checoslovaquia, no fueron en realidad fracasos pírricos, es decir, derrotas aparentes cuyos frutos sólo pudieron apreciarse a largo plazo: derrotas pírricas, victorias aplazadas.

El 68, por principio de cuentas, es uno de esos años-constelación en los que sin razón inmediatamente explicable coinciden hechos, movimientos y personalidades inesperadas y separadas en el espacio.

Todos conocemos, por ejemplo, las razones profundas de los movimientos de independencia en las colonias españolas de América. La formación de élites criollas postergadas por la soberbia de la corona española. La ciega explotación de las economías coloniales a favor de la metrópoli. La expulsión de los jesuitas. La influencia de las revoluciones en Norteamérica y Francia. Todo ello explica las revoluciones hispanoamericanas pero no da cuenta de la asombrosa simultaneidad de los movimientos iniciados en un mismo año, de Buenos Aires a Caracas, y a veces en un mismo mes, de México a Santiago de Chile, en 1810.

Otra fecha de coincidencias pasmosas es 1848, cuando las revoluciones nacionalistas europeas se extendieron de París a Viena y de Milán a Budapest. Marx explicó el 48 europeo como el momento de la ruptura entre la burguesía y el proletariado que, unidos, habían llevado a cabo la Revolución francesa de 1789. Fin de una ilusión de progreso compartido, inicio de la lucha de clases moderna pero, a un tiempo, contradicción y afirmación de las tesis internacionalistas de Marx y de la voluntad nacionalista de Manzini en Italia, de Kossuth en Hungría, de Lasalle en Alemania.

La coincidencia en los inicios no aseguró de manera alguna la coincidencia de los resultados. La aparente victoria de las revoluciones de independencia de Hispanoamérica no condujo a la libertad ni a la prosperidad esperadas. Entre la anarquía y la tiranía, de México a la Argentina tardamos largo rato en darle sentido

y contenido a la gesta de 1810. Aún hoy, no terminamos de cumplir las promesas del Congreso de Apatzingán o del Cabildo Abierto de Buenos Aires. También es cierto, como dijo Bolívar con irritación, que no se nos podía exigir a los hispanoamericanos hacer en diez años lo que a los europeos les costó un milenio.

Las revoluciones de 1848 en Europa acabaron por fortalecer, inmediatamente, a las monarquías, pero abrieron, a la larga, caminos inéditos para la legislación social, la democracia política y, desde luego, para la unidad nacional aplazada en Alemania e Italia. En cambio, la pugna entre nacionalismo e internacionalismo no se resolvió en 1848, ni durante la guerra de 1914, ni en el seno de los movimientos extremos, el fascismo germano-italiano y el comunismo soviético-estalinista. El triunfo de éste, al lado de las democracias occidentales, en 1945, tampoco solventó los dilemas planteados por 1848, dividiendo al mundo, horizontalmente, entre el bloque capitalista occidental y el bloque comunista oriental, y verticalmente, entre naciones desarrolladas y naciones en desarrollo.

El 68 en París, Praga y México no es, por todo ello, ajeno a una historia inconclusa. En Francia, la juventud parisina representó la insatisfacción con el orden conservador, capitalista y consumidor que había olvidado la promesa humanista de la lucha contra el fascismo y del pensamiento radical de Sartre en un extremo, de Camus en el otro, y, en el centro de un renacimiento religioso, de Mauriac, Bernanos y Emmanuel Mounier. Pero en el corazón mismo del mayo parisino había, a la vez, una fiesta y una demanda. Marx y Rimbaud, la imaginación al poder, prohibido prohibir, eran palabras de fiesta, pero también de crítica a la autosatisfacción del orden establecido y de afirmación radical, es decir, de retorno a las raíces de la promesa social, cultural y humana de una modernidad pervertida, por no decir enajenada.

De manera paralela a la crítica francesa del mundo capitalista, la juventud de los países de la órbita soviética, primero en Budapest y finalmente en Poznan, encarnaron la crítica al orden impuesto por el Kremlin. El punto culminante ocurrió en Praga porque el «socialismo con rostro humano» propuesto por Dub_cek era un intento de conciliación entre las razones estratégicas del imperio soviético y las razones humanas de los ciudadanos capturados dentro del Pacto de Varsovia.

La burocracia comunista, nos explicó el gran escritor húngaro Jorge Konrad, no había logrado aplastar a la sociedad civil. De múltiples maneras, la volvió resistente.

La primavera de Praga no combatía al sistema comunista. Lo humanizaba, lo democratizaba y lo socializaba. Todo ello, capítulo por capítulo y en su conjunto, era anatema para los gobernantes del Kremlin, empeñados, simultáneamente, en mantener los dogmas del totalitarismo estalinista y la unidad, bajo la dirección de Moscú, de los países satélites del Pacto de Varsovia.

El movimiento del 68 mexicano, en cambio, no iba dirigido, sino de la manera más implícita, contra la potencia hegemónica y vecina, los Estados Unidos de América. Demanda democrática, como la describió Octavio Paz, o demanda

revolucionaria, como la describe Joel Ortega, el movimiento mexicano proviene de una matriz más nacional que internacional. Representa una ruptura flagrante entre la legitimidad revolucionaria reclamada como fundamento por todos los gobiernos a partir de Carranza, y la evidencia contrarrevolucionaria de las prácticas represivas, antidemocráticas y antipopulares cada vez más acentuadas de los gobiernos «emanados de la revolución».

Lázaro Cárdenas salvó la legitimidad revolucionaria, seriamente dañada por el maximato callista, y les permitió a los gobiernos subsiguientes, de Ávila Camacho a Ruiz Cortines, esgrimirla a partir de una ecuación de desarrollo con estabilidad. Las cifras económicas comprobaban lo primero. Las sucesiones políticas sin traumas suramericanos, lo segundo. Pero el hecho era que los aplazamientos, los disfraces retóricos y a veces la brutalidad represiva habían creado un cisma cada vez mayor entre el efectivo desarrollo social, cultural y económico del país, y formas políticas vistas cada vez con más recelo por su incapacidad, precisamente, de dar cabida a la renovada realidad cultural, social y económica del país.

El gobierno de Adolfo López Mateos, en su enfrentamiento con el sindicalismo independiente y el agrarismo recalcitrante —Othón Salazar, Demetrio Vallejo, Rubén Jaramillo—, dio muestras de una incapacidad para negociar la nueva realidad, que se convirtió en santo y seña del régimen de Gustavo Díaz Ordaz. Divorciado, por cuestión de principio político —orden y autoritarismo— y de principio psicológico —paranoia frente al espejo—, del movimiento real de la sociedad y sus reclamos, el gobierno de Díaz Ordaz fue, simplemente, fiel a sus propias justificaciones: mantener, a cualquier precio, el sistema imperante.

Como el mayo parisino, como la primavera de Praga, el 68 mexicano fue, al cabo, derrotado. En Francia, el Partido Comunista y su central obrera, la CGT, les cerraron las puertas a los estudiantes y los entregaron, inermes, al poder político del presidente De Gaulle, hábilmente asistido por su ministro de Educación, Edgar Faure, quien con malicia maquiavélica les concedió a los estudiantes cursos y facultades fantasiosos sobre el Tercer Mundo, la negritud y el teatro del absurdo, mientras aseguraba que las clases dirigentes se siguiesen formando para gobernar, como siempre, en las escuelas de la élite: la Normal Superior y la Nacional de Administración.

En Praga, fueron los tanques soviéticos los que aplastaron la reforma socialista. El régimen pelele de Husák restableció el orden totalitario, los líderes políticos e intelectuales del movimiento fueron humillados, encarcelados o exiliados, y Checoslovaquia regresó a la paz de los sepulcros soviéticos.

En México, en fin, la respuesta brutal de la Plaza de las Tres Culturas desbandó y aplastó el movimiento estudiantil, asegurando la paz olímpica y la hegemonía priista.

Pero si éstas fueron las consecuencias visibles, inmediatas, de esos tres movimientos del 68, ¿cuáles fueron, al cabo, sus consecuencias inesperadas y perdurables?

En Francia, un partido socialista renovado surgió del movimiento de mayo. El Partido Socialista minoritario y dañado de Guy Mollet, desprestigiado por las aventuras imperialistas en Indochina y Suez, surgió fortalecido del 68. La marcha de Charley, encabezada por François Mitterrand, fue el inicio de una marcha del Partido Socialista renovado hacia el poder, poder de renovación que demostró en 1997 Lionel Jospin al ganar la posición de jefe de gobierno.

En Checoslovaquia, la primavera de Praga acabó por ganar la batalla, más allá de sus propios designios originales, al derrumbarse el imperio soviético y ganar la presidencia de la república uno de los líderes de la disidencia del 68, el escritor Václav Havel.

Y en México, en fin, no es comprensible la historia del país del 68 para acá sin la historia del país antes de y durante el 68. La liberación de los presos políticos, el regreso de Heberto Castillo y Demetrio Vallejo a la palestra pública, la derogación del delito de disolución social, pero también las guerrillas sacrificiales durante la presidencia de Luis Echeverría, no son inteligibles sin el 68, como no lo son las reformas políticas que animó Jesús Reyes Heróles durante el gobierno de José López Portillo y los subsecuentes avances en materia democrática que, pese a los vaivenes del modelo económico, los infames asesinatos políticos y las insurrecciones armadas, se han venido consolidando en el país a partir de 1968.

¿Se hubiese renovado el socialismo y desprestigiado el comunismo en Francia con o sin los eventos del mayo parisino del 68?

¿Se habrían derrumbado el poder soviético y la satelización de la Europa central con o sin la primavera de Praga del 68?

¿Hubiese transitado México del sistema autoritario monopartidista a un sistema democrático pluralista sin el sacrificio terrible del 68 en Tlatelolco?

Es imposible saberlo. Quizás sin mayo en París, sin primavera en Praga y sin Tlatelolco en México, las nuevas sendas de la democracia y la crítica social se hubiesen, de todos modos, abierto paso.

El hecho es que se abrieron paso con mayo, la primavera y Tlatelolco, y que, a partir de ello, nos corresponde hoy aplicar la sabia recomendación de Paul Ricoeur: «Distingamos los hechos de las palabras, pero reconozcamos que no hay historia explicable sin la unión del decir y el hacer». La verdad y la historia, advierte el pensador francés, se reúnen cuando la palabra reflexiona eficazmente y la acción tiene lugar reflexivamente.

Al reunir estas páginas, sobra decir que no he cambiado una palabra de los textos originales.

PARÍS: LA REVOLUCIÓN DE MAYO

«¿De dónde vienes, camarada?»: es el primer saludo de los jóvenes que han salido a hacer la poesía y la política en las calles de una ciudad que no me atrevo a reconocer y que, sin embargo, sólo ahora es idéntica a sí misma. Un París de manos abiertas, donde llegar *de* significa unirse *a*.

– *D'où viens-tu, camarade?*

– México.

– *C'est loin, ça.*

– *Pas tellement.*

Unirse al diálogo, a la fraternidad y al amor de una revolución que, en primer lugar, ha tenido lugar en las conciencias y en los corazones.

Cafés, bistrós, talleres, aulas, fábricas, hogares, las esquinas de los bulevares: París se ha convertido en un gran seminario público. Los franceses han descubierto que llevaban años sin dirigirse la palabra y que tenían mucho que decirse. Sin televisión y sin gasolina, sin radio y sin revistas ilustradas, se dieron cuenta de que las «diversiones» los habían, realmente, *divertido* de todo contacto humano real. Durante un mes, nadie se enteró de los embarazos de la princesa Grace o de los amores de Johnny Halliday, nadie se sintió constreñido por el dictado sublimante de la publicidad a cambiar de auto, reloj o marca de cigarrillos. En lugar de las «diversiones» de la sociedad de consumo, renació de una manera maravillosa el arte de reunirse con otros para escuchar y hablar y reivindicar la libertad de interrogar y de poner en duda.

PARLEZ À VOS VOISINS!

Los contactos se multiplicaron, se iniciaron, se restablecieron. Hubo una revuelta – tan importante como las barricadas estudiantiles o la huelga obrera – contra la calma, el silencio, la satisfacción, la tristeza. Padres e hijos encontraron una posibilidad de comunicación (o certificaron que la habían perdido). Maridos y mujeres se separaron por incompatibilidad política, moral y erótica (pues se trata de sinónimos). Otras parejas se conocieron en las barricadas, en el debate permanente del Odéon, en la marcha: el amor nació con la velocidad misma de los acontecimientos. Flo es la hija

de una cortadora de películas amiga mía; era la muchacha más inhibida del mundo; estudia en Nantes y ocupó la Universidad con sus compañeros; se inició el debate; Flo supo que tenía algo que decir, algo que antes le era imposible comunicar; Flo se liberó en una ciudad de la cual desaparecieron los policías, convocados con toda urgencia a París: Nantes, la ciudad y su Universidad, y la linda Flo, fueron verdaderamente libres por primera vez. Madeleine es la inteligente editora de una colección de libros infantiles en una gran casa editorial; su marido es productor de televisión. En el momento más tenso de las barricadas, Madeleine convirtió su apartamento en refugio y hospital de estudiantes heridos; el marido le reclamó que su actitud lo comprometía: si se trabaja en la ORTF, hay que estar bien con el gobierno. «Escoge entre Pompidou y yo», le contestó Madeleine. Jean-Jacques, un sicoanalista amigo, se queja amargamente: «Los consultorios se han vaciado, pero realmente vaciado. La revolución ha sustituido al siquiatra. Nos sentimos inútiles. Ayer vino a verme una muchacha, cliente mía, y me dijo: “Ustedes quieren adaptarnos a esta sociedad idiota. Me niego a ser adaptada. Quiero ser rechazada y rechazar el mundo actual”. Y me dejó, como recuerdo, un adoquín sobre la mesa». Tú, André, eres comunista y te manifiestas con tu bandera roja; tú, Anne-Marie, perteneces a las Juventudes Revolucionarias Marxistas y te manifiestas vestida de negro con tu banderita negra. Cada uno lee un periódico y no cree lo que lee. Tú, André, no puedes creer que *L'Humanité*, tu periódico, llame a Daniel Cohn-Bendit «anarquista alemán» y se asocie a la decisión policiaca de expulsar al dirigente estudiantil de Francia. Tú, Anne-Marie, que también eres hija de judíos alemanes emigrados a Francia para escapar de las prisiones y la muerte hitlerianas, no crees que veintiocho años después de ganada la guerra (y tú tienes sólo diecinueve) los periódicos nacidos de la Francia Libre puedan llamar a Cohn-Bendit «canalla judío extranjero». André y Anne-Marie no se conocen. Se miran. Miran lo que están leyendo. Se toman de la mano. Se unen a la enorme manifestación que avanza hacia la plaza Denfert-Rochereau y gritan grave, orgullosamente, con el millón de estudiantes en marcha: «¡Todos somos judíos alemanes!».

Los desconocidos dejaron de serlo. La revolución, una vez más, fue un encuentro y un abrazo: para la revolución no hay *desconocidos*.

Cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor; cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución.

Hubo lo irrepetible y hay lo irreversible.

Irrepetible, y no podía ser de otra manera (poesía, revolución, consagración del instante, Octavio Paz, alta incandescencia de la marea temporal) la explosión libertaria, el júbilo, la imaginación, el humor, el exceso, la locura, en el patio de la Sorbona, en los debates del Odéon, en las manifestaciones gigantescas, en las

marchas exaltadas hacia las puertas de las fábricas a fin de sellar la alianza (impedida por la Confederación General de Trabajadores y el Partido Comunista francés) de los estudiantes con los obreros, en el incendio de la Bolsa de París al grito de «¡Templo del becerro, arde!», en las terribles luchas nocturnas de las barricadas de la rue Gay-Lussac, el Boul'Mich', Saint-Germain-des-Prés, la place Edmond Rostand y la rue d'Assas contra los brutales CRS (Compañías Republicanas de Seguridad, cuerpo de élite de la policía francesa) que avanzan entre el humo y las llamas y los árboles caídos, lanzando gases letales, golpeando indiscriminadamente a peatones, periodistas y parroquianos de cines y cafés, ensañándose con las mujeres, a las que matraquean al grito de «putains, putains!», arrojando granadas plásticas hacia las ventanas abiertas, persiguiendo a los estudiantes por las escaleras de los inmuebles y hasta adentro de los apartamentos donde se han refugiado.

CRS: SS

Irrepetible, quizás, esa imagen de Eisenstein: los CRS avanzan aullando para darse coraje, escondidos detrás de enormes escudos de metal, como los caballeros teutones de *Alejandro Nevsky*, mientras los estudiantes contraatacan protegidos con lo que han encontrado en los camerines del Odéon: las corazas de *Numancia*, los cascos de *Británico* (y la improvisada defensa contra los gases: un pañuelo empapado en jugo de limón y bicarbonato untado sobre los párpados). Una *kermesse* de la libertad, sí, pero una *kermesse* heroica, arriesgada. La bestia ha mostrado el pelo: son las cerdas del fascismo. Y un joven estudiante, nuevo Gavroche del año 68, canta mientras prepara un cóctel Molotov:

*A Paris après Lamartine
Et Hugo même Eugène
N'y avait pas pensé
Pour pleurer
Il n'y a que les lacrymogènes.*

Testimonio de un enfermero que espontáneamente se presentaba a curar a los heridos en el Barrio Latino: «Aunque llevaba puesto mi uniforme, fui detenido por los CRS y conducido al ex hospital Beaujon. Insistí en que mi función sólo era aliviar a los heridos. Se rieron de mí, me llamaron maricón, empezaron a golpearme con el bastón blanco, en la cabeza, el vientre y los testículos. Los muchachos con barba o pelo largo fueron particularmente brutalizados. Golpes de matraca, paso entre dos hileras de *flics* que los pateaban. Las muchachas eran desvestidas por los policías entre gritos injuriosos y luego palpadas, humilladas, obligadas a ponerse en cuatro patas...».

Conocer un caso es conocerlos todos. Las Éditions du Seuil han reunido esta crónica de la infamia en un *Libro Negro de las Jornadas de Mayo*. La policía carece de imaginación. Nada puede ofenderla más que una revolución que proclama: «L' imagination prend le pouvoir».

La imaginación toma el poder con adoquines y con palabras, primero. El *pavé*, el bello y humilde adoquín de las calles de París, ha adquirido hoy un rango casi fetichístico: fue la primera arma de contraataque de los estudiantes brutalizados por la policía; el arma, como ha dicho Sartre, no de la violencia, sino de la *contraviolencia* de centenares de miles de estudiantes que jamás hicieron otra cosa que defenderse. Hubo violencia sólo cuando la policía la inició. Manifestación sin policía: manifestación pacífica.

—Sí, camarada — me dice un estudiante esta tarde en la Facultad de Ciencias del Halle aux Vins, convertida en centro de venta de libros y carteles y grabados que los artistas y escritores de Francia han puesto a la venta para sostener la lucha estudiantil—. Los adoquines se convirtieron en nuestro medio de comunicación de masas. Salimos a las calles porque no tenemos otra manera de hacernos escuchar en una sociedad donde los *mass media* han sido monopolizados y domesticados. Contra la abundancia de comunicaciones inútiles, hemos enviado el mensaje imprescindible de nuestras piedras y nuestras palabras.

Y quizás hay otra razón: «Debajo de los adoquines están las playas».

Y las palabras. Los muros de París hablan: sueños, consignas, cóleras, deseos, programas, bromas, desafíos y la resurrección de una heterogénea progenie reunida en una especie de editorial permanente de piedra y pintura.

Marx: Hay que transformar al mundo.

Heráclito regresa. Abajo Parménides.

B. Peret: El arte no existe. El arte son ustedes.

Unamuno: No vendo el pan, sino la levadura.

Santayana: Lo difícil es lo que puede hacerse en seguida, lo imposible es lo que toma un poco más de tiempo.

San Agustín: La guerra y la injusticia son el resultado de la propiedad.

A. Breton: 17 derrocará siempre a 71.

Che Guevara: Qué importa dónde nos sorprenda la muerte.

Peguy: Todo comienza en mística y termina en política.

Au pays de Descartes, les conneries se foutent en carte.

Marx: Mejor un fin espantoso que un espanto sin fin, es el testamento policiaco de toda clase agonizante.

Valéry: Toda visión de las cosas que no es extraña es falsa.

Heráclito: El combate es el padre de todas las cosas.

Queneau: *Réforme, mon cul.*

Shakespeare: Hay método en nuestra locura.

Baudelaire: Dios es un escándalo, pero un escándalo rentable.

Lenin: Aprender, aprender, aprender para actuar y comprender.

Bakunin: El socialismo sin la libertad es el cuartel.

Julio César: Vine, vi, creí.

Vive Bonnot.

Vive Babeuf.

Gide: Los prejuicios son los cimientos de la civilización.

René Char: La vida ama la conciencia que se tiene de ella.

Rimbaud: Hay que cambiar la vida.

Y hay lo irreversible. Esa suma de citas, textos y eslóganes expresa y define el sentido moral de la revolución (que no es ajeno a su sentido del humor) y la conciencia histórica de la cual ha partido. Entre la silenciosa declaración de la Guerra Fría y la ruidosa explosión de la Sociedad de Consumidores, llegó a establecerse como fatalidad lo que Camus sólo expuso como problema: la revolución es el único acto que puede transformar las condiciones sociales intolerables, pero al mismo tiempo la revolución puede conducir y de hecho ha conducido a la creación de situaciones sociales intolerables. Pienso, después de conversar durante tres semanas con viejos y nuevos amigos franceses, que una de las raíces del actual movimiento histórico es el rescate de esa idea como *problema* a fin de demostrar que no se trata de una *fatalidad*: debe haber revolución con libertad.

Las banderas negras, la nueva vigencia del pensamiento de Bakunin y Rosa Luxemburgo, pueden asustar no sólo a los reaccionarios tradicionales sino a los dogmáticos del socialismo. Pero para los jóvenes revolucionarios de Francia, Italia, Alemania, Holanda, Inglaterra, es sólo el correctivo permanente de su profunda visión marxista, un «marxismo desempolvado», como diría Fidel Castro, un marxismo sacado de las sombras incensarias de la iglesia a respirar el aire libre de la calle; un marxismo, en fin, que opone tanto al neocapitalismo de los *managers* como al neosocialismo de los burócratas el pensamiento de Ernesto Guevara: el rechazo de la ganancia como motivo de la producción, la creación activa de condiciones revolucionarias, el indeclinable sentido internacional de los movimientos revolucionarios.

Esa conciencia proviene de un sentimiento de enajenación y se expresa, originalmente, en un movimiento de *contestation* (palabra clave de la revolución francesa: *contestation*, *contester*: algo más que cuestionar, poner en duda, someter a examen, desafiar sin tregua, debatir a todos los niveles, impedir la consagración esclerótica de las cosas: contestación, respuesta, poner las cosas en su lugar, en situación crítica permanente).

Enajenación: en el mismo lugar donde comienza *Rayuela*, en el pasaje que conduce de la rue de Seine al Quai de Conti, donde Oliveira buscaba a la Maga, hay ahora un cartel azul y negro con un dibujo en blancos punzantes de Julio Silva y un

texto de Julio Cortázar: «Ustedes son las guerrillas contra la muerte climatizada que quieren vendernos con el nombre de porvenir».

Y esto es lo primero que hay que comprender sobre la revolución de mayo en Francia: que es una insurrección, no contra un gobierno determinado, sino contra el futuro determinado por la práctica de la sociedad industrial contemporánea. Asistimos a una revolución de profundas raíces morales, protagonizada en primera instancia por la juventud de una nación desarrollada. Y estos jóvenes dicen que la abundancia no basta, que se trata de una abundancia mentirosa. Primero, porque pretende compensar con la variedad y cantidad de los bienes de consumo la uniformidad y la paucidad de los contenidos reales de la vida: comunicación, amor, cultura, dignidad personal y colectiva, sentido de la cualidad del trabajo, sentido de autonomía crítica de los individuos y de las organizaciones, relaciones concretas y decisivas entre cada hombre y lo que hace, dice, rechaza o escoge.

Todas estas posibilidades, las verdaderamente humanas, se han perdido en la sociedad de consumidores, donde un aparato económico y político impersonal, intocable, por nadie elegido y por nadie revocable (por más que, formalmente, los pasajeros equipos de administración, miembros de un mismo sistema, lo sean), determina *a priori* las «necesidades» de los individuos de acuerdo con las necesidades de una producción cuya expansión sólo se concibe mediante el desgaste permanente. Expansión deficitaria, en la jerga del neocapitalismo. Muerte climatizada, en el lenguaje de Julio Cortázar. Pérdida suntuaria de la energía excedente: la «parte maldita» en la visión de Georges Bataille (el primero, el más profundo crítico de la sociedad de consumo). Consagración de la basura. Dictadura sin terror y sin entusiasmo, según Jean-Marie Domenach: alternancia entre la insatisfacción y la saciedad, beata fraternidad entre poseedores (desventurada inversión de la solidaridad entre desposeídos) que se reconocen sólo a través del uso de los mismos bienes, pero sólo hasta que el uso es superado por una nueva moda (*Le retour du tragique*). Pérdida del *sentido* a base de darle un sentido a todo, incluso a lo que carece de sentido.

Refiriéndose a un tipo ejemplar de sociedad de consumidores, la del llamado «milagro alemán», Hannah Arendt ha escrito: «En las condiciones modernas, no es la destrucción la causa de la ruina, sino la conservación, puesto que la durabilidad de los objetos conservados constituye, en sí misma, el más grande obstáculo al proceso de reemplazamiento de los objetos, cuya aceleración constante es la única constante del sistema una vez que ha establecido su dominación» (*The Human Condition*). Este proceso se da en las sociedades altamente industrializadas, de sobreabundancia, como una respuesta a la crítica socialista de la sobreproducción. En vez de quemar la producción excedente, como se ha hecho en Brasil con el café, a fin de mantener su rentabilidad, se fomenta una multiplicidad de *necesidades innecesarias* que deberán satisfacerse mediante objetos de consumo acelerado y fácilmente reemplazables.

La publicidad se convierte en el brazo ejecutor de esta demanda innecesaria, que no sólo resuelve un problema interno de la economía capitalista clásica, sino el problema de la sociedad industrial tecnológica. «Los campos de concentración — escribe Herbert Marcuse —, los exterminios en masa, las guerras mundiales y las bombas atómicas no significan un “retorno a la barbarie”, sino la actualización irreprimida de las realizaciones de la ciencia, la tecnología y la dominación modernas» (*Eros and Civilization*). La conciencia *desgraciada* de la sociedad de consumidores se adquiere cuando se comprende que nuestras vidas de *cheerful robots*, para emplear la expresión de C. Wright Mills, son el sustituto mediatizado, reprimido, del mundo concentracionario y de la destrucción nuclear. Vivimos la forma más sublimada del genocidio: un Dachau del espíritu rodeado por los brillantes objetos perecederos de una Disneylandia del consumo.

Pero el mundo industrial moderno no sólo se levanta sobre la «desgraciada euforia» (Marcuse) de sus propios ciudadanos, sino sobre la muerte y la explotación de los hombres marginales del mundo infraindustrial. La muerte, cuando una sociedad de excedente industrial como la norteamericana debe asegurar su salud convirtiendo la «pérdida suntuaria» en una lluvia de bombas de napalm y fósforo (*ad majorem gloria* Dow Chemical Co.) sobre la población indefensa de una pequeña nación rural. No es fortuito que la guerra de Vietnam haya sido el gran catalizador de la revolución de la juventud occidental. En esa pesadilla del crimen, la inmoralidad, la estupidez y la soberbia que todos han visto cotidianamente en las pantallas de televisión, todos vieron la imagen extrema de la sociedad en la que vivían. Sentí esto patentemente, hace unas semanas, cuando visité al joven y ya grande escritor mexicano José Emilio Pacheco en la Universidad británica de Essex: los alumnos habían impedido que hablara en ella un representante de Porton, la firma inglesa que realiza estudios de guerra bacteriológica para el gobierno de los Estados Unidos. De un golpe, la revuelta estudiantil (ESSEX, TERRITORIO LIBRE DE LA GRAN BRETAÑA) significaba un rechazo de la política imperialista norteamericana, una solidaridad con el Tercer Mundo y una crítica de la sociedad de consumo inglesa.

De esta manera, detrás de Vietnam, ha nacido en los jóvenes del mundo desarrollado una nueva conciencia: la guerra armada contra un pueblo desarmado es sólo la expresión más repugnante de una guerra continua, desarmada, contra todos los países pobres, fuente de mano de obra y materias primas baratas, objeto de intervenciones políticas y de deformaciones culturales perpetuas, humillados recipientes del *desgaste del desgaste* en cuanto consumidores marginales de las máquinas fatigadas, los aviones inservibles, los programas de televisión, los cosméticos y los juguetes plásticos del mundo industrial.

No he hablado, en los últimos meses, en Londres, en París, en Milán, en Bari, en Wivenhoe, en Roma, con un solo estudiante europeo que no tenga conciencia del

hecho central: mientras el mundo industrial se satura de riquezas inservibles, el mundo subdesarrollado carece de lo elemental. Recuerdo estas palabras de un estudiante con el que conversé en Bari, esa comunidad universitaria italiana particularmente lúcida: ¿En qué se distingue del fascismo una sociedad que es incapaz de distribuir su enorme riqueza acumulada entre los países hambrientos de Asia, África y América Latina? ¿No practica cada capitalista europeo y norteamericano una exterminación en masa comparable a la de los nazis? Dígale a sus lectores y a sus amigos en Hispanoamérica que no se dejen desorientar, que esta lucha de los jóvenes europeos es a favor de ustedes, conscientemente. Estamos continuando, por otros medios, la lucha de Zapata y Guevara, de Camilo Torres y Frantz Fanon. Luchamos contra el mismo mundo de la opresión centralizada.

Contra ese mundo (que también es el nuestro, puesto que somos sus víctimas) se han levantado con particular resolución y coraje los jóvenes estudiantes y obreros franceses. Un cartel de la Sorbona proclama: «La revolución que se inicia pondrá en duda no sólo la sociedad capitalista sino la sociedad industrial. La sociedad de consumo debe morir una muerte violenta. La sociedad enajenada debe desaparecer de la historia. Estamos inventando un mundo nuevo y original. La imaginación ha tomado el poder».

Quienes hemos conocido el maravilloso espíritu de estas jornadas, no hemos abandonado por ello el espíritu crítico —la *contestation*— que la propia revolución, fiel a sí misma, reclama. Más adelante, al resumir las entrevistas y discusiones con estudiantes en Nanterre, con amigos franceses y durante los debates de los Comités de Acción Revolucionaria en las calles de París, dejaré que los propios interesados hagan la crítica de los acontecimientos. Pero desde ahora podemos preguntarnos, con toda seriedad, si realmente asistimos a la primera revolución del mundo industrial: la primera prefiguración del siglo XXI, primera revolución que realiza las previsiones de Marx, hasta ahora postergadas por las imprevistas revoluciones en el mundo subdesarrollado.

Cincuenta años de insurrecciones en la periferia habían hecho imprevisible una revolución en el centro. El dogma de los sociólogos de la abundancia coincidía con el de los teóricos de la revolución: ésta es imposible en el mundo capitalista reformado. La porosidad social, la liquidación del *laissez-faire*, la intervención económica del Estado, la extensión de beneficios marginales a la clase obrera y el consiguiente aburguesamiento de ésta, el acceso mayoritario al consumo, la capacidad de neutralizar los efectos adversos y de absorber, hasta hacerlas inocuas, todas las formas de protesta: todo ello habría acabado por crear un neocapitalismo estable, próspero, beatamente satisfecho de sí mismo. Hoy (ya es mucho, y es irreversible) estas teorías han caído por tierra. Los jóvenes franceses, norteamericanos, alemanes, italianos, no se han adecuado a la sociedad de consumo.

MERDE AU BONHEUR

Y cuando diez millones de obreros entran en huelga por algo más que simples reivindicaciones económicas (aunque esta actitud original haya sido posteriormente frustrada por los dirigentes de la CGT y el PCF), ya no es posible hablar de una clase obrera simplemente «aburguesada».

¿Qué ha sucedido?

Primero: la abundancia tiene necesidades que la necesidad desconoce. Visto desde cierta perspectiva, puede decirse que sólo cuando las carencias primarias son colmadas, aparecen con toda su fuerza las carencias superiores. Ya en 1938, hablando de una sociedad, sin embargo, tan diferente de ésta, Emmanuel Mounier escribía: «Abundancia, paz, diversiones, aumentos de salarios, todo esto es perfectamente legítimo, ¿pero es todo lo que puede decirse a favor de una civilización moribunda?... ¿Dónde está la atracción revolucionaria de las grandes épocas?» (*Les Certitudes Difficiles*). Y el verdugo de la Comuna, Thiers, había proclamado con definitiva soberbia: «El tiempo de los grandes problemas morales ha muerto». Por lo pronto, los jóvenes de hoy han desmentido a Thiers, han devuelto la esperanza a las palabras de Mounier, que tanto detestó «el ideal burgués de la seguridad» y han reivindicado las de Saint-Just: «El problema de la verdadera felicidad ha sido planteado en Europa».

Segundo: Marx ha regresado a Europa de un largo paseo por las tundras, los campos de arroz y los cañaverales de la periferia portando una verdad esencial: el socialismo auténtico nacerá de la plena expansión de las fuerzas productivas del capital y de la conciencia límite de las contradicciones entre la producción y el trabajo, entre la riqueza material y la miseria humana. Hemos llegado a esa expansión y a ese límite: los jóvenes franceses han prendido la mecha de una explosión irreversible, la del sentimiento de enajenación dentro de un sistema que lo ofrece todo menos lo primero que Marx indicó como valor supremo: la realización de todas las posibilidades de la personalidad humana.

Seamos realistas: pidamos lo imposible.

Los hijos de Marx y de Rimbaud: hay que transformar el mundo, hay que cambiar la vida. Las estatuas de Pasteur y de Pascal en la Sorbona lucen pañoletas rojas al cuello y sostienen banderas negras entre los brazos. Victor Hugo, viejo sensualista, parece culminar un placer legendario y secular con esa maravillosa muchacha morena que hoy se sienta en sus rodillas de piedra.

JEUNES FEMMES ROUGES, TOUJOURS PLUS BELLES

La cabeza de Descartes sirve de apoyo a dos jóvenes que, en el patio atestado, escuchan esta noche a Jean-Paul Sartre (no todos se hacen escuchar aquí; Françoise Sagan fue corrida a insultos; Aragon fue tratado de «viejo pendejo» y contestó, no sin dignidad: «Algún día, ustedes también serán viejos pendejos»):

—Es evidente que el actual movimiento de huelga se originó en la insurrección de los estudiantes. La CGT se ha visto obligada a seguir a los estudiantes y a los obreros. Ha debido acompañar el movimiento para «peinarlo». La CGT ha querido evitar esta *democracia salvaje* que ustedes han creado y que tanto molesta a las instituciones. Porque la CGT es una institución. Lo que está en trance de formarse es una nueva concepción de la sociedad basada en la plena democracia, una alianza del socialismo y la libertad. Porque socialismo y libertad son inseparables. La dictadura del proletariado a menudo ha significado la dictadura sobre el proletariado. Para que haya socialismo con libertad, el movimiento debe seguir en el verdadero plano de *contestation* en el que hasta ahora se ha mantenido.

La *contestation*: todo ha sido cuestionado en Francia.

Un comando de choque formado por Marguerite Duras, Michel Butor, Jean-Pierre Faye y Alain Jouffroy toma por asalto el Hotel de Massa, sede de la esclerótica Société des Gens de Lettres, clava la bandera roja en el techo y establece una nueva Unión de Escritores «abierta a todos los que consideran la literatura como una práctica indisociable del actual proceso revolucionario. Esta Unión de Escritores será un centro permanente de *contestation* del orden literario establecido».

En el Théâtre de l'Est se establecen los Estados Generales del Cine; Louis Malle, Alain Resnais, René Alio y Jacques Rivette son los animadores de una renovación que se plantea el problema central: ¿cómo asegurar la libertad de la creación cinematográfica, una libertad por lo menos equiparable a la del escritor o el pintor? William Klein y Jean-Luc Godard están en las calles, filtrándolo todo; los grupos prochinos atacan a Godard y un muro de la Sorbona proclama: «La cultura ha muerto y Godard no podrá remediarlo», pero *Pierrot le Fou*, *La Chinoise*, *Masculin-Féminin*, *Deux ou Trois Choses que Je sais d'elle* y *Weekend* tendrán para siempre el valor de la prefiguración, acaso la única ofrecida por un artista francés. Todos quedan en su lugar; Claude Lelouch, al primer signo de represión, traiciona a la revolución (como antes había traicionado al cine con sus *soap-operas* para consumidores) y Alain Delon se niega a apoyar la huelga solidaria de los actores: allí están, por lo contrario, Michel Piccoli y Juliette Greco, Catherine Deneuve, Jean-Louis Barrault.

La Sociedad de Periodistas proclama: «La prensa sólo es libre cuando no depende ni del poder gubernamental ni del poder del dinero, sino, exclusivamente, de la conciencia de los periodistas y de los lectores», y los obreros impresores y tipógrafos vigilan sus propios talleres, impiden la publicación de noticias falsas, tendenciosas o contrarrevolucionarias.

Todos los directores de teatros populares y de casas de la cultura se reúnen en el teatro de la Cité de Villeurbaine. Preside Roger Planchon; intervienen activamente Jean Vilar y Antoine Bourseiller. Su *contestation* del teatro burgués comercial se traduce en estas palabras: «Ahora es totalmente claro que ninguna definición de la cultura será válida a menos que sea útil para los propios interesados, es decir, en la exacta medida en que sea el instrumento que necesita el “no-público”. Podemos estar seguros de que la cultura, entre otras cosas, deberá proporcionar al “no-público” un medio de rompimiento con su actual aislamiento, una manera de salir del *ghetto* a fin de situarse, cada vez más conscientemente, en el actual contexto histórico y social y de liberarse, cada vez más, de las mistificaciones de todo género que tienden a convertirlo en cómplice de las situaciones reales que le son infligidas. Por ello, todo esfuerzo de orden cultural será vano si no se propone, expresamente, ser una empresa de politización, en el sentido de multiplicar las ocasiones para que ese “no-público” escoja libremente, más allá del sentimiento de impotencia y de absurdo provocado por un sistema social en el que los hombres, prácticamente, jamás están en medida de inventar juntos su propia humanidad».

Los investigadores científicos crean comités democráticos en los laboratorios con miras a la autogestión y a la eliminación de todo trabajo que, directa o indirectamente, pueda ser utilizado para fines bélicos o represivos.

Enfermeros y doctores establecen la cogestión en los hospitales a través de comités destinados a renovar la administración de los servicios de salud en un sentido democrático.

Los estudiantes de teología de la Universidad de París declaran: «La institución eclesiástica, dado su lugar de privilegio en las sociedades occidentales, contribuye, con sus silencios, con sus tomas de posición obligadamente conciliatorias, con su prédica de la paz allí donde no hay paz, al mantenimiento del *statu quo*. La teología no hace sino prolongar las contradicciones internas del sistema capitalista. Esto lo hemos comprendido definitivamente en las barricadas. Tomar partido por los oprimidos significa hoy entrar deliberadamente y sin reservas en el proceso revolucionario». La misa en la iglesia de St. Honoré d'Eylau es interrumpida por jóvenes cristianos al grito de «¡Dios no es conservador!». Clérigos y estudiantes discuten en el foro de la Sorbona: ¿qué esperan los cristianos para iniciar la revolución dentro de sus iglesias, a fin de hacerlas más evangélicas?, ¿por qué no han de ejercer la violencia los cristianos contra un sistema capitalista que practica la violencia endémica en el mundo subdesarrollado?, ¿puede concebirse, actualmente, la caridad sin lucha?

Con el crítico Jean Cassou a la cabeza, todos los pintores franceses, incluyendo algunos particularmente favorecidos por el régimen, como Bazaine, retiran sus obras de cualquier exposición oficial, en Francia o en el extranjero; y al llamado de los estudiantes de Bellas Artes, Alechinsky, YpousteGuy, Bona, Cattolica, Matta, Silva, y

escritores como Butor, Cortázar, Mandiargues, contribuyen con los carteles que han representado un aspecto tan vital y corrosivo de la lucha.

Hay la *contestation* un poco delirante, como la de los alumnos del Conservatorio que exigen la «expropiación de las estructuras sonoras», o la de los grupos de adolescentes que invaden el Odéon pidiendo una educación sexual pronta y adecuada y reclaman el derecho al orgasmo. Y hay la huelga heroica, prolongada, severa, fundamental, de los trabajadores de la televisión francesa (ORTF): se exige un consejo de administración proporcional, en el que todas las tendencias políticas estén representadas y una programación que dé cabida a las principales expresiones del pensamiento y a las grandes corrientes de opinión: la libertad de cátedra televisiva contra el monólogo-monótono del régimen.

Y los arquitectos, los ingenieros, los urbanistas, los químicos, los psicoanalistas, los antropólogos, los lingüistas, los técnicos: no hay una sola profesión francesa que no haya sido sometida a crítica y proyectada hacia el porvenir por sus propios miembros, súbitamente concientes de que la revolución consiste en asumir libremente responsabilidades concretas dentro de cada círculo de trabajo, sacudirse las tutelas administrativas abstractas.

Hablo de lo poco que he podido ver o saber personalmente; pero mis amigos de Nantes me cuentan lo que fue la huelga en la fábrica de Sud-Aviation. Los obreros allí se cuentan entre los mejor pagados de Francia, y es difícil distinguir entre un trabajador, un estudiante y un profesional. Los obreros fueron a la huelga, primero por solidaridad con los estudiantes; en seguida, porque el movimiento revolucionario les hizo comprender que había algo más importante que los salarios: la dignidad del trabajo como prueba de autonomía individual y colectiva. Durante tres semanas, los trabajadores de Sud-Aviation se rigieron sin administradores patronales. Mantuvieron las máquinas en perfecto estado. Aplicaron al pie de la letra las normas de seguridad. Los técnicos de la fábrica dejaron de ser una élite y cooperaron igualmente con los trabajadores. Los obreros fueron invitados a presidir reuniones en la Universidad y a tomar parte en los debates. Los estudiantes se acercaron a ofrecer sus servicios profesionales en la fábrica. Entre todos, se dieron cuenta de que eran adultos: podían trabajar en perfecto acuerdo, sin la tutela remota de los gerentes burgueses. Pero la situación era demasiado novedosa. Un paso más y era la autogestión, perfectamente posible, perfectamente satisfactoria. Entonces la CGT comunista desvió esa fuerza revolucionaria hacia la solución burguesa: aumento de salarios, semana de cuarenta horas...

CEDER UN POCO ES CAPITULAR DEMASIADO

— ¿De dónde vienes, camarada? Ven, únete a nosotros. Vamos a Nanterre.

La revolución nació en Nanterre, ese conglomerado gris, concentracionario, de bloques de cemento contruidos a toda prisa para contener el desbordamiento estudiantil de la Sorbona. Imagen de una sociedad que distribuye lo superfluo a manos llenas pero niega lo necesario. Hay que regresar a Nanterre, erial prototípico de la sociedad de consumidores. Aquí, los comités de estudio y planificación estudiantiles funcionan noche y día, desde el principio de la revolución. La profunda seriedad y capacidad de trabajo del estudiantado revolucionario es palpable en estos comités decisivos, disciplinados y generosos, abiertos a todo diálogo y a toda sugestión. Estamos entre los dos turnos de las elecciones legislativas. Soberbiamente indiferentes a ese trámite formal, los estudiantes preparan la Convención Nacional de Universidades que habrá de iniciarse en unos días.

— ¿Qué condiciones concretas privaban en la Universidad?

— Dicen que vivimos en la sociedad de la abundancia, pero en la Universidad sólo hay abundancia de alumnos y carencia de todo lo demás. En 1945 había unos ciento veinte mil estudiantes en las universidades francesas; hoy la suma asciende a más de medio millón y sólo en la Sorbona hay ciento sesenta mil. No cabemos en las aulas y debemos escuchar las clases desde los corredores, a través de un sistema de magnavoces. Más de treinta mil estudiantes desean utilizar la biblioteca, pero sólo hay cupo para quinientos lectores. Nos vemos obligados a leer y preparar clases y exámenes en los cafés, en los jardines públicos (cuando el tiempo lo permite) o en los cuartos de criada que nos alquilan en el Barrio Latino por 250 francos al mes. En estas circunstancias, hemos perdido el contacto con los profesores. Casi todos se limitan a dictar la misma cátedra desde hace treinta años, sin que el alumno tenga la menor posibilidad de poner en duda esa enseñanza casi siempre periclitada, rara vez revisada o puesta al día. El trabajo de seminarios es prácticamente desconocido. La iniciativa del estudiante es desanimada; la mayoría no lee libros, sólo los apuntes mimeográficos para pasar exámenes a fin de año. El objeto de la actual Universidad es memorizar una cultura muerta dentro de un sistema de remoto paternalismo. Es decir: la Universidad está hecha a la imagen del Estado burgués.

— ¿Qué proponen ustedes para remediar esa situación?

— A un nivel inmediato, la reforma universitaria. Una relación nueva, no jerárquica, entre estudiantes y profesores. La Universidad es un reflejo de la vieja estructura napoleónica de las instituciones públicas: un centralismo jerarquizado, donde todo proviene, como un don gracioso, de arriba hacia abajo. Proponemos comisiones mixtas de profesores y estudiantes a fin de discutir la forma y el contenido de la enseñanza. Gracias a la revolución, se ha conquistado ya una base de cooperación, nos acercamos a procedimientos de reciprocidad y respeto. Queremos una gestión paritaria de la Universidad. No que nos «enseñen», sino ejercer un control real sobre la enseñanza a fin de adquirir una cultura que vaya más allá del comercio o de la especialización. Queremos un nuevo contrato de

enseñanza, pruebas de control en vez de exámenes, con participación de estudiantes en el jurado. Queremos instituciones más ligeras, renovables, abiertas y modernas y esto no sólo por razones intrínsecas, sino en beneficio del estudiantado de origen obrero. Actualmente sólo el 20 por ciento de los estudiantes universitarios son hijos de obreros. El tiempo entre el ingreso a la Universidad, la licenciatura y la *agrégation* es demasiado largo; muy pocas familias obreras pueden pagarlo y si lo hacen es con grandes sacrificios. La actual esclerosis se debe a dos factores: una tutela administrativa totalmente ajena a las necesidades y aspiraciones de los estudiantes y un reino clasista de feudalidades dentro de la Universidad. ¿Quién es el rector Roche? Un hombre ajeno a la Universidad, el representante de una cierta feudalidad dentro de los grupos del orden establecido –o, como lo llamamos nosotros, el desorden establecido–. Igual que en la sociedad, en la Universidad somos súbditos, no ciudadanos. Ahora hemos decidido actuar como adultos, establecer una relación auténtica entre nuestros estudios y nuestra futura actuación profesional.

– ¿Hay actualmente una gran divergencia entre ambos?

– Se nos acusa de ser demasiado «desinteresados». Es cierto. Frecuentamos la teoría más que los hechos. Pero echarnos esto en cara quiere decir que hay una grave ruptura entre el pensamiento y la acción. Quiere decir que yo, como estudiante de sociología, puedo leer libremente a Marx, a Engels, a Bakunin, al Che Guevara y a Marcuse, sólo si acepto que una vez que salga de la Universidad debo renegar de todo lo que he aprendido y aceptar como borrego mi situación prevista en una sociedad ordenada para siempre y sin mi consentimiento, una sociedad en la que mis conocimientos críticos no poseen la menor importancia y nada pueden cambiar. La Universidad debe ser un centro crítico, el germen del cambio. Nuestra sociedad, sin embargo, es acrítica y rechaza el cambio. ¿Cuál puede ser mi destino? ¿Renunciar a mis ideas, admitir que son un sarampión juvenil y aceptar los hechos inmovibles de una sociedad momificada convirtiéndome yo mismo en momia, sentado hasta mi muerte en un consejo de administración capitalista o en una oficina burocrática? ¿O convertirme en profesor para seguir enseñando, sin traicionarme, las ideas revolucionarias a una nueva generación que a su vez deberá renegar de ellas para encontrar una plaza remunerada en la jerarquía del orden? ¿Qué clase de educación es ésta, camarada? ¿Cómo podemos romper este círculo vicioso? El hecho es que estamos aprendiendo una teoría desinteresada para sacrificarla después ante una sociedad interesada. La teoría nos revela la insuficiencia e injusticia de la sociedad. Si somos fieles a nuestras ideas, debemos transformar la sociedad a imagen de ellas. De eso se trata, en el fondo, cuando hablamos de reforma universitaria.

– El profesor Raymond Aron les acusa de ser como los luditas de principios del siglo XIX: incapaces de adaptarse a las exigencias de la sociedad tecnológica, le oponen un nihilismo destructivo, igual que los seguidores de Ludd destruían las primeras máquinas de la sociedad industrial.

—No vale la pena contestarle a Aron. Sartre ya lo ha hecho en nuestro nombre: Aron es un cadáver que repite sin fatiga las tesis de su primer libro; representa a un profesorado lleno de soberbia, miedo e incapacidad para evolucionar. Cómo contrasta la actitud de este «humanista» con la de un verdadero hombre de ciencia y de pensamiento, como Jean Rostand, que a los setenta y cinco años ha descendido de su pedestal, se ha acercado a nosotros y ha aceptado nuestras tesis: «¡Tanto el alumno como el profesor están en la Universidad para aprender!». La revolución ha servido para deslindar a los falsos maestros de los verdaderos enseñantes. Con nosotros están el físico Alfred Kastler, el sociólogo Edgar Morin, el filósofo Paul Ricoeur, el químico Laurent Schwarz... Para ellos, como para nosotros, la Universidad no es el lugar donde se oponen nuestra ignorancia y su saber, sino que ambos representamos dos formas paralelas de *querer saber*...

— ¿Cuál es la actitud de ustedes ante el mundo tecnológico?

—No despreciamos la tecnología moderna, como insinúa Aron; todo lo contrario, queremos aprovecharla en favor de cada hombre, impedir que se convierta en una abstracción. Para nosotros, las conquistas de la ciencia y la técnica modernas deben servir al hombre y no a las estructuras que lo enajenan. Precisamente, lo que resentimos es la divergencia entre las formas avanzadas de la ciencia y las formas anticuadas de la vida moral, política y económica. No queremos una ciencia al servicio de una burocracia sin rostro y utilizada para deformar a una población apática. Es una lucha difícil, larga y dura. Es una lucha revolucionaria, que apenas se inicia.

—Guardando las proporciones, este primer movimiento es a la Revolución francesa (y diría, europea) lo que el ataque al Moncada fue a la Revolución cubana...

—Es sólo el principio. La lucha continúa.

—Y esa lucha, iniciada para reformar la Universidad, conduce a la transformación de la sociedad...

—Exactamente. La Universidad que deseamos no es concebible dentro de la actual sociedad. Ahora se forman profesionistas para servir a la burguesía. *Nosotros queremos formar profesionistas que sirvan a los trabajadores*. Para ello, será necesario que los propios trabajadores transformen revolucionariamente sus condiciones de trabajo.

— ¿Puede la clase obrera hacerlo por sí sola?

—Eso plantea el problema del nuevo partido revolucionario. El actual movimiento ha destruido varios mitos. Se ha demostrado que la acción espontánea de una minoría consciente ha jugado el papel de detonante y vanguardia. Ese papel fue abandonado totalmente por las formaciones de la izquierda tradicional: la CGT, el PCF y la Federación de la Izquierda. Pero la acción de la vanguardia debe desembocar en la alianza con la clase obrera, o carecerá de sentido. En esto estamos de acuerdo.

—Sin embargo, me atrevo a decir que el movimiento también ha demostrado que la clase obrera no es en sí la portadora de la revolución. Y esto no es una heterodoxia: tanto Marx como Lenin negaron que la clase obrera fuese revolucionaria en sí; previeron siempre el papel educativo y activante del partido revolucionario en alianza con otros sectores progresistas de la sociedad.

—Pues en Francia toda la política de la izquierda tradicional ha consistido en impedir esa alianza. Hemos sido tratados, como era de esperarse, de izquierdistas infantiles, aventureros y anarquistas...

—Si no hubiese hablado con ustedes, me bastaría haber visto el Servicio de Orden que mantienen para pensar lo contrario.

—La izquierda tradicional se ha mostrado intolerante con nosotros pero muy tolerante con el gobierno. Han sucedido cosas increíbles. Basta señalar un hecho escandaloso: en Lyon, el Partido Comunista, a fin de demostrar su adhesión al orden público, entregó a varios estudiantes en manos de la policía. Y ya se sabe lo que la policía hace con los estudiantes... Pero ésa es sólo una anécdota. Lo terrible es que la izquierda tradicional ha dimitido: a la CGT sólo le interesaban las reivindicaciones economistas para no perder cara, a la Federación sólo le interesaba suceder al régimen en el poder, al PC sólo le interesaba impedir que la revolución se desarrollase a su izquierda o, *tout court*, que la revolución se desarrollase fuera de su dirección. Esto es lo extraordinario: al sentir la amplitud del movimiento revolucionario contra las actuales instituciones, las viejas formaciones de la izquierda se sintieron amenazadas porque, como dijo Sartre en la Sorbona, ellas también son instituciones y hacen el juego formal de la burguesía. La izquierda tradicional ha dimitido y ahora lo ha pagado en unas elecciones que nada tienen que ver con los problemas reales que nosotros hemos planteado, junto con los obreros jóvenes, en las jornadas de mayo.

—Nos acercamos al corazón del problema: las relaciones del movimiento estudiantil con el movimiento obrero...

—La revolución se inició en la Universidad, espontáneamente. El movimiento fue condenado por el PC y la CGT. Espontáneamente, los obreros se unieron al movimiento y sólo entonces, con gran retraso, la CGT y el PC se subieron al carro revolucionario, pero con el propósito de desvirtuarlo y de impedir que la unión de estudiantes y obreros liberase toda la fuerza de la revolución. Hubo un momento en el que el país, paralizado por la huelga obrera, podía tomar dos caminos. Uno era el camino revolucionario. Otro, el camino ni siquiera reformista, el camino de la simple reivindicación de salarios mejores, semana de cuarenta horas, etc., pero siempre dentro del orden burgués, sin poner en duda el sistema. La CGT y el PC guiaron al movimiento obrero hacia estas demandas tradicionales. Al hacerlo, frustraron el éxito completo de la primera etapa de la revolución.

—¿Cuáles son para ustedes las razones de la conducta contrarrevolucionaria de los dirigentes sindicales y comunistas?

– Primero, se trata de directivas viejas, fatigadas, sin contacto con los obreros jóvenes. Para esas directivas sólo hay dos posibilidades en el mundo: el estalinismo o la sociedad de consumidores. Inserto en la actual sociedad francesa, avergonzado de su pasado estalinista, el PC ha tratado de «liberalizarse» (una expresión que nosotros rechazamos totalmente) adaptándose a las posibilidades de una «leal oposición» capaz de obtener pequeñas ventajas para la clase obrera: mendigar el diezmo del príncipe, *Pompidou nos sous*. Pero esas ventajas, dada la naturaleza del sistema, son recuperadas inmediatamente por el capitalismo, a través de la inflación, el alza de precios y la promoción publicitaria del consumo. Es lo que sucederá con las «ganancias» obtenidas durante la huelga por la CGT. El propio De Gaulle ha tenido el descaro de afirmar que esas «ganancias» se evaporarán en pocos meses. La crisis tendrá esa ventaja: demostrar a un número cada vez mayor de obreros que a través de la lucha «alimentaria» no hay salida posible. Es un círculo vicioso. Una economía de consumidores está más que dispuesta a absorber las exigencias «consumacionistas» de los trabajadores.

– ¿Cuál es, entonces, la salida para la clase obrera en el mundo capitalista?

– Hacer la revolución. El PC siempre está en espera de que existan condiciones revolucionarias favorables. Ahora ya no tiene esa excusa. Hubo una situación revolucionaria en Francia y el PC la desaprovechó. Fidel Castro no la habría desaprovechado.

– ¿Qué significa hacer la revolución en sociedades de este tipo?

– No significa, desde luego, la simple toma del poder. Creerlo fue el gran error de la Federación de la Izquierda. Hay otro camino, más arduo pero más seguramente revolucionario. La huelga de mayo demostró que la acción obrera puede paralizar a una economía industrial avanzada y poner en crisis al gobierno. La huelga se hubiese transformado en revolución si, simultáneamente, los obreros, dirigidos por un partido realmente revolucionario, hubiesen iniciado la autogestión en las fábricas. Algunas pequeñas industrias, por ejemplo la de transistores, así lo hicieron. Pero esta posibilidad aterró a los dirigentes de izquierda. Para ellos, prisioneros del dogma, el socialismo significa la toma del poder y luego una larga etapa de centralismo autoritario.

– Es el modelo nacido de la experiencia soviética y china. ¿Les parece que en Francia es innecesario?

– En Rusia o en China, se trataba de acelerar la acumulación original de capital; se trataba de hacer en quince o veinte años lo que al mundo capitalista le había tomado varios siglos.

– Esa aceleración de la capitalización es lo que hasta ahora ha pasado por socialismo...

– Quizás ese proceso fue inevitable en países poco desarrollados. Seguramente, no lo es ni en Francia ni en Alemania ni en Italia. Aquí se puede pasar al socialismo de otra manera.

— ¿Cuál?

—La toma de los centros de trabajo, no la toma del gobierno. Para los trabajadores europeos, el poder no está en el Palacio Presidencial o en el Parlamento. El poder está en las fábricas. *Tomar el poder es tomar el poder en las fábricas.*

—En ese caso, tomar el poder sería inmediatamente idéntico a la negación de las relaciones sociales y productivas del capitalismo. ¿Cuál sería el camino concreto hacia este nuevo tipo de toma del poder?

—Una fórmula muy clara: *huelga más autogestión*. Si algo nos ha enseñado el movimiento de mayo, es que las posibilidades revolucionarias se han multiplicado. Hay diversos grados de acción. Se puede, por ejemplo, hacer la huelga general continuando la producción, sin enemistar a la población y rehusando toda negociación con el Estado burgués o la clase patronal. Desde ahora, el sentido de la revolución consistirá en que la clase obrera expropié directamente los centros de trabajo, instale la autogestión y continúe la producción, sin consultar a nadie. Se trata de vaciar de sustancia al Estado burgués y a la gerencia capitalista. Se trata de reivindicar la verdadera idea revolucionaria: todo el poder para los soviets. La revolución significa el paulatino desarrollo de la autogestión a través de poderes obreros autoorganizados en las fábricas, en las administraciones, en los servicios públicos, en las comunas, en las ciudades y en las regiones. A medida que la revolución progrese, sucederán varias cosas: primero, las nuevas relaciones de producción podrán ser definidas autónomamente, de abajo hacia arriba y en beneficio directo de los trabajadores; segundo, las nuevas organizaciones políticas serán la correspondencia exacta de la nueva organización económica, ambas nacerán de la misma base democrática; tercero, las sucesivas expropiaciones irán abriendo un campo cada vez más amplio al concurso directo de estudiantes y profesionistas revolucionarios, que dejarán de verse obligados a ingresar al mundo burgués; y cuarto, el proceso entero significará la desintegración y la parálisis progresiva del Estado capitalista, hasta hacerlo prescindible.

— ¿Cuáles serían las características de un nuevo partido revolucionario capaz de acompañar ese movimiento?

—La redacción de *Les Temps Modernes* acaba de indicarlo en un magnífico editorial. En vez de basarse en militantes disciplinados que reciben órdenes de un aparato central, el partido revolucionario debe confiarse a los animadores locales capaces de juicios e iniciativas autónomas tomadas en función de las condiciones locales y capaces de suscitar discusiones en asambleas libres. El partido revolucionario, paralelo a la acción obrera (huelga más autogestión), debe proceder de la periferia al centro, a través de la autoorganización y autodeterminación de los ciudadanos y la definición por los mismos de las condiciones colectivas de existencia. Para la revista de Sartre, el aparato central del partido se reduciría a coordinar aquellas actividades y a funciones precisas en los sectores de la información general y de la elaboración de perspectivas generales.

– En todo lo que llevan dicho, hay una gran insistencia en un hecho que parece negar tanto la práctica de las sociedades comunistas como la de las sociedades neocapitalistas: la descentralización.

– Es una condición de la verdadera democracia popular. «Democracia popular» significa que los hombres son capaces de gobernarse a sí mismos, o no significa nada. Cada ciudadano debe participar en el proceso de las decisiones, en vez de seguir las órdenes de la autoridad. Si la revolución económica es la autogestión obrera, la revolución política es la autoorganización de la base. El movimiento de mayo demostró que las organizaciones sólo entraron en acción a partir de acciones inventadas en la base.

– Sin embargo, la huelga general demostró otra cosa: que la economía actual está altamente integrada y tecnificada. Puede ser, por ello, fácilmente paralizada. Pero, por el mismo motivo, parece más difícil dirigirla sin planificación centralizada. ¿No hay una contradicción entre la integración tecnológica centralizada y la autogestión descentralizada, política y económica?

– Hay un elemento que supera esa contradicción: la comunicación. El desarrollo actual de los medios de comunicación permite la coordinación de la planificación socialista con la autogestión descentralizada. Lo que pasa es que los *mass media* han sido desvirtuados, desviados de su función creadora y sometidos a la frivolidad de la sociedad de consumidores. Utilizadas revolucionariamente, las comunicaciones facilitarían las formas de vida autónomas y descentralizadas al tiempo que asegurarían una planificación sin sacrificio de la autogestión.

– Aunque, naturalmente, carecemos aún de perspectiva, ¿qué crítica harían ustedes de sí mismos a la luz de los acontecimientos de mayo y junio?

– La revolución nació de causas muy profundas, pero fue una explosión de espontaneidad. En cierto sentido, ésta fue su virtud, pero también su defecto. Los acontecimientos se sucedieron con demasiada rapidez. Los hechos han desbordado la teoría. Desde un principio, hemos tratado de remediar este nivel entre nuestra acción y nuestro pensamiento. En medio de las barricadas y los debates públicos, hemos trabajado intensamente. Ahora, en medio de la farsa electoral y la represión, lo seguiremos haciendo. Sólo en la región parisina funcionan ya ciento cincuenta comités de diálogo entre obreros y estudiantes y más de quinientos comités de acción revolucionaria. Los problemas que hemos planteado no son gratuitos y no desaparecerán por sí mismos o a golpe de retórica. La revolución ha planteado la existencia de los verdaderos problemas y, en el mismo acto, ha revelado la falsedad de los problemas debatidos al nivel de la política tradicional. Oponemos un lenguaje nuevo, radical, al lenguaje momificado del poder, del Parlamento, de las elecciones y de las formaciones políticas tradicionales. Tanto el poder como la oposición han demostrado su anacronismo y su ineficacia en esta situación. El proceso electoral es asunto de ellos; no nos afecta ni afecta a la revolución, que prosigue su marcha por caminos inéditos, difíciles y definitivamente ajenos a las formalidades burguesas.

– Hablamos un día después del primer turno electoral. El grito de los estudiantes y de los obreros jóvenes ha sido: «Elección: traición». ¿Qué significa para ustedes el triunfo gobiernista en las elecciones?

– El triunfo del chantaje y del miedo. Estas elecciones podían titularse como la novela de Bernanos: *El gran miedo de los bien pensantes*. De Gaulle lleva diez años diciendo que gracias a él Francia se había convertido en un país estable y sin problemas sobresalientes. La revolución demostró lo contrario. El gobierno estuvo a punto de caer. Pero esto es secundario para nosotros. Se trata de hacer la revolución, no de sustituir gobiernos. Somos revolucionarios, no golpistas. En cambio, al régimen sólo le interesa permanecer en el poder. Para hacerlo, ha sacrificado su aspecto más positivo: la política internacional. Desde el primer día de las barricadas, De Gaulle le dijo en público al embajador norteamericano, Shriver: «En los momentos de crisis, Francia y los Estados Unidos se encuentran siempre en el campo de la libertad». Johnson ha apoyado totalmente a De Gaulle: a los Estados Unidos les interesa una Francia capitalista y estable; lo demás es secundario. De Gaulle ha liberado a sus más oscuros enemigos; los generales insurrectos de Argelia, Poujade, Tixier-Vignancourt, el Movimiento Occident, toda la extrema derecha, que antes se oponían amargamente al régimen, ahora le han dado sus votos a fin de salvar a Francia del «comunismo totalitario» y de defender, como expresamente lo dijo Pompidou, «vuestra seguridad y vuestra propiedad». De Gaulle ha apelado al miedo de una burguesía y una clase media muy extensas, muy fuertes y muy conservadoras: el centro se ha desplazado hacia la derecha, y del viejo movimiento liberal kennedista de Lecanuet no quedan sino ruinas; el centro ha sido incapaz de reunir los treinta escaños necesarios para integrar un grupo en el Parlamento. Además, el Partido Comunista y la Federación de la Izquierda han salido muy desprestigiados de la revolución: han espantado a los burgueses y han enajenado a los revolucionarios.

– Además, los electores jóvenes fueron excluidos del proceso gracias a una triquiñuela del Ministerio del Interior...

– Entre las últimas elecciones y ésta, medio millón de jóvenes han llegado a la edad de votar. Pero el Ministerio decidió que, dada la premura con que se convocó a elecciones, no tenía tiempo de regularizar nuestra situación...

– No deja de ser irónico que quienes, en último análisis, provocaron las elecciones no hayan podido participar en ellas.

– ¿Qué importa? Yo ya voté en las barricadas por el socialismo revolucionario. Mi boleta fue un adoquín. Lo importante es que los problemas siguen en pie. No serán resueltos por una elección sin caras nuevas, hecha a base de viejos «notables», dentro de un sistema de mayoría simple, sin representación proporcional y a partir de una campaña sin programas, en la que sólo votó el miedo.

– Batista ganó las elecciones en Cuba cuando Fidel Castro ya estaba en la Sierra Maestra. El zar eligió su Duma inmediatamente después de la revolución de 1905.

Escoger entre Humphrey y Nixon no significa nada para los problemas reales de los Estados Unidos. Y el aparato del PRI en México gana regularmente todas las elecciones sin que, realmente, *pase nada*, salvo la postergación de problemas que nadie discute, nadie atiende y que se acumulan peligrosamente. Porfirio Díaz celebró su Olimpiada apoteósica en septiembre de 1910; en noviembre, estalló la revolución. Las elecciones y la revolución, decididamente, son dos cosas bien distintas.

—Las elecciones representan una supervivencia de lo viejo y no una expresión de lo nuevo. Mientras tanto, el régimen, ensobrecido por su triunfo, puede pensar que los problemas planteados por los estudiantes y los obreros son falsos. En todo caso, el régimen actual carece de los medios y la voluntad para resolverlos. Aplazados, esos problemas sólo regresarán con más fuerza que antes. Por lo pronto, el sistema capitalista francés ha sufrido una grave ruptura de equilibrio. Para recobrarlo, deberá arrebatarle a la clase obrera las «ganancias» que acaba de darle bajo presión. A su vez, esto radicalizará la lucha de clases en un país en el que muchísimos jóvenes, estudiantes, obreros, intelectuales, han empezado a politizarse por primera vez. Por todo ello, nosotros continuamos nuestras tareas de organización, difusión de ideas y lucha revolucionaria.

CE N'EST QU'UN DÉBUT. LA LUTTE CONTINUE

Mientras regreso a París, recuerdo una página de *L'Enracinement* en la que Simone Weil identifica el concepto de la educación con una proposición de motivos para la acción. Esa proposición puede ser hecha a través del miedo y de la esperanza determinados por amenazas y promesas; de la sugestión; de la expresión de pensamientos que antes de ser expresados ya estaban en el corazón de la gente; del ejemplo; y de los modos mismos de la acción y de las organizaciones creadas para la acción. Pienso que en la Francia actual todas esas categorías están vigentes. El extremo del miedo y la amenaza lo representa el gobierno; el de la esperanza, los estudiantes; el de la acción y la nueva organización, la alianza germinal de obreros y estudiantes.

Pero la sugestión y la expresión las encarna, esta noche, Jean-Paul Sartre. Presidimos, junto con Sartre, Nathalie Sarraute y un grupo de artistas, escritores y editores hispanoamericanos, un vasto encuentro con cinco o seis mil estudiantes en la Cité Universitaire. Se trata de apoyar la ocupación por sus estudiantes de los pabellones de ciertos regímenes opresivos: España, Portugal, Argentina, Grecia... Y se trata de animar una Universidad de verano que, renunciando a las vacaciones, prosiga durante estos meses su tarea de debate y organización.

Sartre invita a los estudiantes al diálogo y a la *contestation*: no está allí para dictar una cátedra, sino para educar sugiriendo y escuchando sugerencias. Se quita el saco.

Se pasa continuamente la mano por la cabeza. Como siempre, la impresión de fragilidad física es vencida por la energía y velocidad del discurso; un discurso, lo confieso, que no sólo impresiona, sino que asusta: tal es la integración entre la forma de hablar y la forma de escribir. Sartre habla como escribe y escribe como habla. Hace un calor infernal y no hay un solo lugar libre; la multitud de estudiantes desborda el auditorio, comenta, interpela, ríe, aprueba, descalifica.

Un estudiante interroga a Sartre sobre el sentido de la *contestation* y de la «Universidad Crítica» como centro de la misma.

Sartre: ¿Qué es la cultura? Algo que al ofrecerse se cuestiona. ¿Qué es el saber? En todos los casos, algo más de lo que creíamos saber. Pero apenas creemos haber adquirido el nuevo saber, un nuevo hecho cultural lo pone en cuestión. La Universidad está hecha para formar a hombres que cuestionan. La única manera de aprender es cuestionando. Es, también, la única manera de hacerse hombre. Un hombre no es nada si no es un cuestionante. Pero también debe ser fiel a ciertas cosas. Para mí, un intelectual es eso, alguien que es fiel a un conjunto de ideas políticas y sociales pero que no deja de cuestionarlas. Las eventuales contradicciones entre esa fidelidad y esa *contestation* serán, en todo caso, contradicciones fructíferas. Pero la fidelidad sin *contestation*, *ça ne va pas*: se pierde la libertad.

Otro estudiante contesta: En el régimen capitalista, no se puede hablar de «Universidad Crítica», sólo de crítica de la Universidad. La «Universidad Crítica» sólo puede existir en un régimen socialista.

Sartre sonríe: E incluso eso está por verse.

Otro estudiante teme que el movimiento de mayo no haya logrado más objetivo que fortalecer al Estado burgués, endurecerlo y empujarlo hacia el fascismo.

Sartre: Quienes hoy agitan la «amenaza fascista» sólo lo hacen para desmovilizar a la gente. El fascismo no se improvisa con tres regimientos de paracaidistas. Se necesita una sociedad como la griega, donde los trabajadores están aislados y divididos y donde una derecha armada prepara desde hace años el golpe de Estado. O se necesita una sociedad trabajada durante mucho tiempo por un partido fascista, como lo fueron la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini. Pero en un país como Francia no se organiza de un día para otro un golpe fascista. O si se organiza, dura quince días. Lo repito: hablar en Francia de «amenaza fascista» es un expediente terrorista para que la gente acepte al actual régimen.

Un estudiante toma el micrófono y le pregunta al camarada Sartre si en realidad la clase estudiantil francesa, emanada de la burguesía, puede jugar un papel revolucionario.

Sartre: Gracias por lo de camarada. Detrás de esa pregunta hay una afirmación: sólo los obreros pueden hacer la revolución. No conozco a un solo estudiante revolucionario que haya dicho lo contrario. Todos lo repiten: los estudiantes somos los detonadores, pero la revolución será hecha por el conjunto de las clases trabajadoras. Sin embargo, para que los estudiantes jueguen ese papel, debe haber

una convergencia entre sus reivindicaciones y las de los trabajadores. Los comunistas niegan que exista esa convergencia. El origen burgués de la mayoría de los estudiantes los condenaría, en efecto, a ser burgueses hasta la muerte. Ésta es la teoría mecanicista de Taine, pero nada tiene que ver con el marxismo. Marx explicó que los intelectuales surgidos de la burguesía podían convertirse en aliados de la clase obrera, porque sus problemas culturales también eran problemas de enajenación. Esto era cierto en la época de Marx y es más cierto aún hoy, cuando los estudiantes descubren que son *objetos* de una sociedad que les roba su trabajo como se lo roba a los obreros. El origen de clase puede ser distinto, pero la situación es parangonable.

Un estudiante comunista, en medio de la alharaca y la rechifla de la mayoría, disputa a Sartre afirmando que sólo el Partido Comunista puede hacer la revolución y lo desafía a dar un ejemplo que niegue ese aserto.

Sartre mira con cierta ironía al interlocutor: Fidel Castro y el Movimiento 26 de Julio.

Alguien lanza un grito: ¿Qué hizo el Partido Comunista cubano a favor de la revolución de la Sierra Maestra?

Sartre contesta en español: *Nada*. Lo admirable en el caso de Castro es que la teoría nació de la experiencia, en vez de precederla. Lo mismo está pasando en Francia. Las actitudes del Partido Comunista francés se explican por el miedo de que esté naciendo un movimiento revolucionario a su izquierda, y que ese movimiento, negando el dogma, suponga una multiplicación de acciones y gestiones en la base, precediendo a la organización y ofreciendo una poderosa imagen de la libertad socialista.

EL INFINITO NO TIENE ACENTO

En la esquina del Café Dupont, frente a la Gare de Montparnasse, se ha reunido un grupo de unas treinta personas. No es único: a lo largo de estas cálidas noches de junio, en esquina tras esquina, los activistas de los comités de acción revolucionaria provocan estos debates espontáneos. Una muchachita hermosa y frágil, miembro del comité, lo inicia leyendo, por ejemplo, una declaración del gobierno o el editorial de un periódico. El público no tarda en unirse a la discusión. Esta noche acaba de darse lectura a la carta que un centenar de intelectuales comunistas dirigen a la jerarquía del partido, reprochándole su actitud.

—Antes —dice fogosamente un estudiante— creíamos que sin el Partido Comunista la revolución no era posible; ahora sabemos que la revolución no es posible con el Partido Comunista...

—*C'est dégoûtant* —interviene un hombre de edad media—. Soy ingeniero en una empresa bastante fuerte, me consta que desde el 25 de mayo la CGT se acercó al

Patronato francés para asegurarle que todo iría por el camino acostumbrado de la mejoría de condiciones de trabajo, sin autogestión, sin revolución...

—Un momento, un momento —disuade con serenidad inalterable un viejo rubicundo, con un mapa de Beaujolais en la cara—. Yo soy trabajador de la Renault. Cuando Séguy (el secretario de la CGT) se presentó en Billaincourt a proponernos los acuerdos logrados con Pompidou, todos gritamos: «¡No!». Todos, en la base, estábamos dispuestos en ese momento a ir hasta el fin, ver si era posible el paso pacífico al socialismo. Pero entonces vino el discurso de De Gaulle, el discurso fuerte, y lo que se planteaba era la guerra civil. El gobierno se apoyó en el ejército y en los comités de defensa de la república... había tanques cerca de la Renault... Ni los dirigentes ni los obreros estábamos dispuestos para eso. Nos contentamos con lo que pudimos lograr por el momento, racionalmente. Al día siguiente, volvió a distribuirse la gasolina y todo el mundo se fue de vacaciones de Pentecostés. Francia es un país con una clase media demasiado fuerte. La clase obrera —se lo dice un militante con cuarenta años de lucha detrás de él— sólo podrá ir ganando ventajas paulatinas. La violencia sólo espanta a la clase media y a los obreros, que con gran esfuerzo han conquistado cierto bienestar.

—¿Cuál violencia? —pregunta otro estudiante—. Sólo hubo dos muertos en la revolución. En el primer fin de semana después de la huelga, murieron ciento setenta personas en accidentes de carretera. Es como *Weekend* de Godard. La verdadera violencia, física y moral, la ejerce contra todos nosotros una sociedad verdaderamente anónima, que jamás nos ha consultado y que nos impone violentamente sus falsos valores.

—*Vous êtes tous la pègre!* —le grita al estudiante una señora gruesa y malencarada, ama de casa o conserje—. Andan agitando sin saber por qué y lo único que van a lograr es una dictadura como en Rusia. Déjenme en paz. No quiero saber nada de esto, yo no soy política, pero el día de la manifestación en los Campos Elíseos fui a apoyar al general De Gaulle, a defender nuestra tranquilidad...

—Sí, señora —contesta el estudiante—, y con usted fueron la juventud dorada del XVI Arrondissement, las putas y los macrós de los Campos Elíseos y todos los vejstorios que suspiran por el régimen de Vichy y que durante la ocupación también defendieron su tranquilidad colaborando con los nazis. ¡Son muchos, eh, son muchos, de acuerdo! Pero eso no les da la razón, como no la tuvieron la manada de colaboracionistas contra los pequeños grupos de resistencia. Mire dónde ha terminado la Cruz de Lorena: en manos de sus primeros enemigos.

—Por favor —habla un hombre joven, pálido, de nariz puntiaguda, que se identifica como trabajador de la petroquímica—. Veamos las cosas claramente. Se cometieron muchos errores. La CGT y el PC desconfiaron de los estudiantes burgueses, de sus lemas anarquistas, de sus filiaciones trotskistas y maoístas, ¿qué esperan?, ¿que una dirección de origen estalinista aceptara con los brazos abiertos a sus enemigos?, ¿que un partido que se siente dueño de la verdad marxista se dejase

arrastrar por acciones y palabras que negaban el monopolio comunista de la verdad y la acción revolucionarias? Es lamentable que el PC y la CGT no hayan establecido un diálogo auténtico con los estudiantes, de acuerdo. Muchos malentendidos se hubiesen disipado. Pero los estudiantes, en vez de buscar ese diálogo, se limitaron a injuriar a los dirigentes comunistas, a llamarlos «crápula estalinista». Hubo errores de ambas partes. Y Mollet y Mitterrand, cuando creyeron ilusoriamente que el gobierno se caía, rompieron su alianza con los comunistas, se desligaron puritanamente de cualquier identificación con los estudiantes y se proclamaron prontos a asumir una sucesión que nadie les ofrecía y que nada les garantizaba. La solución hubiese sido otra. Si después del discurso «fuerte» de De Gaulle todos, estudiantes, obreros, CGT, PC y partidos de la izquierda no comunista, se unen y marchan juntos y juntos ofrecen un plan de acción razonado, hubiese habido una opción real en Francia. La división de la izquierda creó la ilusión de que sólo el poder podía actuar coherentemente. La izquierda, desunida, no fue capaz de responderle masivamente al poder. Estoy de acuerdo en que los problemas revelados por los estudiantes y los obreros son reales. Pero para vencer al poder burgués, hay que oponerle la acción revolucionaria total, de todas las fuerzas unidas. El PC y la CGT no son sólo sus viejos y caducos dirigentes. Somos cientos de miles de obreros y militantes los que prestamos nuestra adhesión a esas organizaciones. Somos cientos de miles de trabajadores, estudiantes, técnicos e intelectuales que hoy nos sentimos frustrados pero que ya empezamos a luchar por una renovación de nuestras agrupaciones. Hay una profunda inquietud en el seno de la CGT y el PC. La crítica que acaba de leernos la compañera es sólo un indicio de esa conmoción interna. Espero que la Unión Nacional de Estudiantes, el Sindicato Nacional de la Enseñanza Superior, el Movimiento 22 de Marzo y los demás grupos estudiantiles también revisen críticamente su táctica. Trabajemos por esa renovación, en vez de limitarnos a la jeremiada... Les habla un comunista sincero, insatisfecho y consciente de lo que ha ocurrido. Como yo hay cientos de miles.

Me alejo del grupo... Del Cinéma Bretagne salen los espectadores de la última función de *Histoires Extraordinaires*, el nuevo filmómibus de Vadim, Malle y Fellini... Un joven con una larga melena rasguea una guitarra e improvisa una especie de poema increpación:

— ¡Eh! ¿Se han visto en un espejo? ¿Por qué esa tristeza? ¡Eh! ¿Qué ha pasado con nuestra felicidad? *Le chien lit c'est lui!* ¡Eh, eh! ¿Por qué se dejan tratar como carneros? ¿Ya olvidaron los días de nuestra primavera? ¡Padres habladores, hijos activos! ¡No sueñen con ojos ajenos!

Algunas monedas caen a los pies del muchacho. Camino hojeando *Le Monde*. Leo una declaración del vicario episcopal de París, Chalendar: «Una grandeza de mayo del 68 es que muchos hombres supieron decir palabras, tomar actitudes y cumplir actos que manifiestan el valor del hombre». Me detengo al lado de la vieja estación demolida. Algunas ratas corren entre las ruinas. Durante la huelga, la visión de Camus se materializó en las montañas de basura abandonada. ¿Qué dijo Saint-Just de la revolución...? «La lucha entre el demonio de la esperanza y el demonio de lo irremediable.»

No... Encuentro a un grupo de amigos españoles. Subo a su auto. Nos dirigimos a la plaza de la Bastilla. Mis amigos me muestran recortes de la prensa española: aclaman con delirio la nueva filosofía anticomunista y corporativista del general De Gaulle; la Falange, dicen, tiene un nuevo miembro de elección. Llegamos a la Bastilla. De allí están saliendo, uno tras otro, los camiones cargados de trabajadores portugueses y españoles, de regreso a sus países. Hablamos con algunos de ellos.

—Yo no viví la guerra de España. Pero mis padres me contaron lo que fue. No quiero vivirla en Francia. Todos los compañeros dicen: esto empieza de vuelta en octubre.

—¿Qué diferencia hay ahora entre De Gaulle, Salazar o Franco? Da igual trabajar en París que en Burgos o en Oporto.

—Estamos hartos de vivir discriminados, aislados, como en campos de concentración.

—Hemos hecho la huelga en Francia. Hemos visto que la acción directa puede paralizar a un país y tambalear al gobierno. Algunos sentimos vergüenza pero también exaltación. ¿Por qué en vez de luchar en Francia no luchamos en España?

—Viejo, catalán y jodido. Pero no podía ver lo que creía. Las banderas rojas y negras volvieron a ondear. La *Internacional* en todas las gargantas. Es como si la batalla que perdimos en el 39 no se hubiera perdido, como si continuara aquí. Coño y recoño. Nada ha sido en vano, joder.

Arranca el autobús en medio de los gritos y carcajadas de ese viejo obrero de Cataluña al que, seguramente, no volveré a ver. Pero es él quien me obliga a pensar en todos aquellos a los que deseo volver a ver, los estudiantes italianos, checos, ingleses, alemanes, que no encuentran un mundo a la medida de sus aspiraciones, que desean cambiar la sociedad y la vida con un impulso lleno de generosidad y valentía. Pienso en mí mismo, en mis amigos españoles y latinoamericanos, en todos los que desde un principio comprendimos que ésta no era una revolución privativa de Francia, sino un movimiento nuestro, sin nacionalidad y sin fronteras.

Decididamente adverso a la xenofobia y al chovinismo, el movimiento revolucionario francés no podía sino conquistar la adhesión de los artistas, escritores y estudiantes latinoamericanos y españoles que en Francia aseguramos el encuentro y la perspectiva que en nuestros propios países nos son vedados. Aquél, por la división, la incomunicación y el engaño sistemáticamente fomentados por nuestras

oligarquías títeres de los Estados Unidos. Ésta, por el sofoco no menos sistemático de cada una de nuestras naciones, encerradas bajo una campana neumática y empeñosamente dedicadas al cultivo de falsas celebraciones, falsos problemas, falsas metas.

En París, en las barricadas, en las manifestaciones, en el diálogo maravilloso que ha sido el triunfo mayor de la revolución, nos hemos encontrado y nos hemos reconocido: chilenos y españoles, argentinos y mexicanos, brasileños y peruanos, portugueses y centroamericanos... Hemos discutido el destino probable, los imposibles sueños y las pesadas condenas de nuestros países: en el espejo de los sucesos franceses, era posible discernir la imagen mutilada de la comunidad de habla española y portuguesa, sus carencias y sus aspiraciones.

Porque algo más que la mentira de la felicidad en la abundancia industrial murió en las barricadas de París. Murió también la imagen de la *affluent society* que nos ofrecen, ya no los anacrónicos regímenes castrenses y feudales de América Latina, sino las avanzadas «liberales» de la Alianza para el Progreso y los gobiernos burgueses de México, Perú, Chile, Venezuela y Uruguay.

En París hemos visto desnudo al emperador.

En París hemos visto en calzoncillos a los periodistas mentirosos del Brasil, a los militares argentinos, a los industriales chilenos a sueldo de los monopolios del cobre, a los imbéciles que pergeñan los programas de televisión en Perú, a la policía represiva de Guatemala, a los líderes sindicales corruptos de México, a los burócratas blandengues del Uruguay.

En las barricadas hemos visto a los jóvenes universitarios de Arequipa, Rosario, Pueblo y Recife, prefigurados en la lucha final contra una sociedad que niega las aspiraciones de todos los jóvenes, en todas partes.

En las fábricas hemos visto en huelga a los obreros de la Anaconda Copper, de la United Fruit, de la Mexican Gulf Sulphur, de la Esso colombiana.

«Por primera vez, somos contemporáneos de todos los hombres», escribió un día Octavio Paz. Secularmente enajenados y ex-céntricos por y ante la imagen universal del Hombre blanco, burgués, cristiano, capitalista y racional, hoy nos identificamos con los hombres que, desde el antiguo centro, se proclaman tan ex-céntricos y enajenados como nosotros y en nosotros se reconocen. Dios murió, y con él su privilegiada Criatura occidental. El Hombre ha muerto, pero los hombres están bien vivos. La excentricidad radical —la revolución— es hoy la única universalidad concebible. Y, excéntricamente, recuerdo unas palabras de André Malraux, el único miembro del gobierno francés que supo admitir toda la profundidad del movimiento revolucionario de mayo y junio: «El ensayo general de este drama suspendido anuncia la gran crisis de la civilización occidental. El encuentro de la juventud con el proletariado es un fenómeno sin precedente».

Esa crisis y ese encuentro representan uno de los grandes virajes de la historia contemporánea. La revolución, que sólo ayer parecía privilegio del Tercer Mundo,

ha hecho su aparición en el Mundo Industrial neocapitalista o neosocialista. Si en Europa y los Estados Unidos la protagonizan los hijos insatisfechos de la burguesía, en Polonia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia los actores son jóvenes estudiantes de origen campesino y obrero. Los hijos de Marx y de Rimbaud son también los nietos de Rousseau: tengo la impresión de que estos jóvenes, en Oriente y en Occidente, encarnan un renacimiento poderoso y profundo de la idea de *soberanía*. Pero esta vez la *voluntad general* no se limita a los fenómenos formales de la política, sino que se extiende a una crítica detallada y a una aspiración de libertad en la vida económica. Más que una crítica de la *propiedad* (pública en el neosocialismo, remotamente ejercida a través de *managers* en el neocapitalismo), se trata de una crítica de la *gestión*, igualmente abstracta, igualmente lejana de los interesados en ambos sistemas. La revolución contra la burguesía y la revolución dentro de la revolución convergen en la afirmación de la *autogestión* del trabajo y de la producción por los hombres directamente interesados.

De esta manera, la nueva revolución es por fuerza internacional. Horizontalmente en el mundo industrializado: la marea del cambio culminará en dos ciudadelas, Washington y Moscú. Verticalmente, en el mundo no-industrializado: esta rebelión culmina en Washington y allí entronca con la primera.

Nosotros, los latinoamericanos, ligados a Francia por tantos motivos del corazón y de la cabeza, debemos felicitarnos de que hayan sido los estudiantes, intelectuales y obreros franceses los primeros actores de esta gran transformación. A través de Francia, podemos comprender y ser comprendidos.

Esta revolución también es la nuestra.

Es sólo el comienzo. La lucha continúa.

París, mayo-junio de 1968